

de descargar tu brazo omnipotente para destruirnos, lo has ejercitado en ablandar la dureza de nuestro corazón.

Despechado yo por el furor que me inspiraba la incredulidad, intenté privarme de la vida temporal, y al ir á entrar por las puertas de la muerte eterna, se me abrieron las de tu misericordia para recibirme: cuando ya iba á caer en la profundidad del abismo, estendiste tu mano paternal que me levantó hasta el seno de tu bondad. Tú, Señor, fijaste tus ojos compasivos sobre el miserable Felix, que corría velozmente por las sendas dilatadas de la perdición: lo detuviste en los extravíos de su carrera criminal: y te serviste de mí para reducirlo al camino recto de la verdad, haciendo ostentación del poder de tu clemencia en su conversión y en la debilidad del instrumento. Esto conocemos, esto confesámos, ¿y aun permaneceremos insensibles? Si nuestros crímenes han endurecido nuestro corazón, y han cerrado los conductos de las lágrimas, resplandezca tu benignidad en estas hechuras de tu omnipotencia, y en estos cautivos que redi-

miste con el precio infinito de tu sangre. Convierte nuestro corazón en un torrente de lágrimas, que corran con abundancia por nuestros ojos delincuentes. Dáale movimiento eficaz á nuestra lengua para que convide á todas las criaturas del universo á cantar eternamente el triunfo glorioso que tu misericordia ha conseguido sobre dos corazones perversos y obstinados.

Fel. Yo confieso con júbilo de mi corazón, que estoy mas obligado á dar gracias muy afectuosas á Jesucristo, pastor amante de las almas, por haber reducido á esta oveja descarriada al rebaño de su Iglesia.

Padres de familia y jóvenes incautos, á vosotros dirige la palabra con la ternura y efusiones de un corazón amante, y deseoso de vuestros verdaderos intereses, un hombre que ha aprendido lecciones muy interesantes en la escuela de la experiencia. Yo nací en el seno del cristianismo, de unos padres que me pusieron bajo la dirección de maestros sábios y piadosos, para que me instruyesen en las obligaciones que me impone la religión. Siendo ya jó-

ven, advertí que mis padres, por una fatalidad de nuestros tiempos desgraciados, empezaron á conformarse con la moda reinante de leer indistintamente toda clase de libros, aun los que impugnan sacrilegamente la religion de Jesu Christo. Pronto mismo comenzaron á desterrarse de mi casa los actos de piedad, y el órden regular de cosas. De aquí es, que yo empecé á traspasar los límites de la modestia y de la compostura de acciones en que me habian educado, y ménos diqué con bel mal ejemplo á una multitud de necedades, que son del estilo del mundo; y á proporcion del desórden de la familia, yo me iba desreglando. Muchos que advertian con dolor la variacion de la conducta de mis padres, y la profusion y prodigalidad de sus bienes, temian que algun dia volviera yo de sus exequias reducido á vagar por las puertas de la mendicidad y aun del delito por alimentarme. En fin, yo quedé heredero mas de sus vicios, que de sus riquezas, las que consumí en breves dias en el desahogo de las pasiones mas criminales y vergonzosas.

El apetito insaciable de deleites sensua-

les, el afecto á las novedades, la curiosidad imprudente, el empeño de entrar en la moda del dia, el deseo de representar en las tertulias el papel de erudite, la inclinacion á hacerme singular en mis opiniones, el amor á dos elogios, y la comenacion con hombres libres en su modo de pensar y de hablar, me compeleron á solicitar con ansia los libros de la falsa filosofia que habia visto leer á mis padres, y habia oido celebrar con encarecimiento á personas apasionadas, de costumbres corrompidas é irreligiosas. Los leí con placer y con satisfaccion, porque como están adornados con las flores de una elocuencia alhagüeña, y forjados con un artificio seductor, me parecian unos soles resplandores de sabiduria; y como tambien su immoralidad y espíritu licencioso tanto lisonjaban mis pasiones, muy breve me declaré por el partido de la incredulidad.

Estas causas que he referido, son las que influyen en la apostasia de la religion, y que vuelven impíos y blasfemos á multitud de infelices.

Los incrédulos aseguran, que no creen los misterios y dogmas del cristianismo, porque son incomprensibles y repugnantes á la razon. Este es un pretesto falso. Lo que á ellos les incomoda es la santidad de la religion; de manera que ellos se obligarian gustosamente á creer mil artículos mas de los que enseña la fe, con tal que se les dispensase de la observancia de los preceptos.

Porque de ser cristianos se ven en la obligacion de observar los preceptos del evangelio; ó de lo contrario vivir acosados de los remordimientos de una conciencia culpada, y de los temores de las penas eternas, que tanto turban el reposo que los pecadores pretenden hallar en los vicios. De aquí es, que para gozar tranquilamente de los placeres prohibidos, se esfuerzan á no creer la inmortalidad del alma, y la existencia del infierno: pero como estas verdades están estrechamente enlazadas con las demas de la religion, ellos se constituyen en la infeliz necesidad de negarlas todas; persuadiéndose falsamente que en el regazo de la incredulidad vivirán placenteros y

contentos con la posesion de la felicidad brutal, por que tanto suspira su corazon corrompido.

Por tanto, padres de familia, no omitais diligencia para instruir á vuestros hijos en los principios fundamentales de la religion; porque si en otro tiempo en que los fieles estaban en posesion pacífica de su fe, le bastaba á un niño un catecismo de la doctrina cristiana para saber lo que le obligaba creer; en los dias desventurados en que vivimos es necesario que esté impuesto en los motivos de su creencia, que le sirvan de armas con que defenderse contra los enemigos de la religion, que ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y de su malicia, para despojar á los cristianos del tesoro inestimable de la fe.

Y vosotros, jóvenes amados, en quienes la iglesia y el estado tiene depositada toda su esperanza, escarmentad en mí. Grabad altamente en vuestros corazones las causas de mi apostasia del cristianismo. Sed agradecidos al Dios bondadoso y benéfico por el don preciosísimo de su fe divina;

la que ciertamente perdereis si vuestras costumbres fueren desregladas, si tratáreis con hombres irreligiosos é incrédulos, y si leyereis esos libros que destilan la ponzoña de la impiedad, que causa imponderables desgracias temporales y eternas. Pero vosotros seréis verdaderamente felices, si vuestras obras virtuosas fueren conformes á vuestra fe; porque recibireis aquel premio infinito y eterno que el Dios retribuidor tiene preparado para los que crecen en él, y le aman de corazón.

CONCLUSION.

Desde el principio del mundo todas las naciones y todos los pueblos han creído la existencia de Dios; y aunque las pasiones y los vicios los hayan estraviado del conocimiento del verdadero, la razón natural les ha persuadido que deben honrar á la divinidad, y tributarle culto. De aquí es, que todos los pueblos ilustrados ó ignorantes, civilizados ó bárbaros, han profesado una religión: y la verdadera ha ido atra-

vesando victoriosamente la serie dilatada de todos los siglos. Ella se conservó entre los judíos hasta que vino el Mesías que es Jesucristo, que se presentó en la tierra en cumplimiento de las promesas divinas, y con todas las señales y los caracteres con que lo anunciaron los profetas.

Jesucristo enseñó esta religión con su palabra, con su vida santísima, y con los milagros que obró. Sus discípulos la predicaron después á todas las gentes, la propagaron por todo el universo, y la confirmaron con sus virtudes esclarecidas, con los prodigios maravillosos que hicieron á nombre de su maestro omnipotente, y con su sangre con que voluntariamente matizaron los suplicios mas crueles. Después con el sacrificio de su vida dieron un testimonio auténtico de la verdad del cristianismo en ce millones de mártires en los tres primeros siglos de la Iglesia, y los innumerables que ha habido en los tiempos posteriores.

Esta religión que ha sido reconocida por verdadera en todos los siglos, y que ha sido amada y defendida por tantos hombres de sabiduría admirable y de virtud

ejemplar, es el blanco del odio mas rabioso de algunos hombres corrompidos, y devorados de una soberbia que no reconoce límites. Ellos están empeñados tenazmente en levantar sobre las ruinas del cristianismo el edificio de una filosofía falsa, depravada é inhumana. Ellos, es verdad, han conseguido el triunfo sobre corazones ya dispuestos de muchos ignorantes é insensatos; pero cómo lograrán lo que no han podido conseguir en diez y ocho siglos los filósofos ilustrados de Grecia y de Roma, los judíos, los paganos, los príncipes, los reyes, y los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo?

Por último: los incrédulos atropellan é infringen la ley primera y fundamental de los estados católicos, que es el culto de la religion. Pues yo los cito ante el tribunal de la razon, y elijo por su fiscal á un hombre de toda su confianza. Este es su grande maestro y oráculo Juan Jacobo Rousseau: veamos cual es su pedimento. Dice en el *contrato social*: "Si alguno despues de haber reconocido los dogmas que la nacion cree, obra como si no los creyera, sea cas-

tigado de muerte, pues ha cometido el mayor de los delitos, ha mentido á presencia de las leyes."

Yo no pido tanto; pero si pido, que se sujeten á esta ley fundamental del estado; pues ellos mismos convienen en que todo ciudadano debe sujetarse á las leyes: pido que no perturben el orden público: y que pues se jactan de ser justos, no intenten despojar á los cristianos del bien que mas aman y aprecian, que es la religion: y pido tambien al Dios misericordioso, los convierta, y los haga eternamente felices.

Si, todos los cristianos animados del espíritu del evangelio que es la caridad, debemos tocar con nuestros ruegos á las puertas de la divina propiciacion, para que se abran á estos infelices. S. Pablo exortaba á los cristianos á hacer oracion por los reyes y emperadores de aquellos tiempos, que eran perseguidores de la Iglesia, y nuestro Redentor murió hasta por sus mismos verdugos, y pidió el perdon para ellos.